

proclamada; ¿el sufragio universal? ha sido plenamente admitido. ¿Qué quieren, pues? Conocidos son sus deseos; quieren la anarquía, el incendio, el pillaje. Guardias nacionales, unámonos para defender y salvar á nuestra bella capital.» Se proclamó el estado de sitio y la lucha tomó enormes proporciones. En la tarde del 23 la tropa pudo apoderarse del arrabal Poissonniere, merced á la llegada de la guardia nacional de Ruan, que cogió á los insurrectos entre dos fuegos. También fué preciso un combate en regla para recobrar el Panteon (iglesia de Santa Genoveva) y la plaza circunvecina. Se asestó el cañon contra las puertas del magnífico edificio, hasta que fueron de él arrojados los insurrectos, si bien el general Damesme cayó mortalmente herido, siendo reemplazado por el general Brea. En el arrabal del Temple fué preciso hacer uso de la zapa, de la mina y de las bombas, para ganar un poco terreno contra los insurrectos.

La noche dejó apenas un pequeño descanso. París se hallaba envuelto en las tinieblas, se vivaqueaba en todas partes, y á cada minuto se oía resonar el lúgubre grito de ¡Centinela, alerta! Hé aquí en lo que se había convertido la ciudad más civilizada del mundo, ¡la capital del lujo y de los placeres! El combate se reanudó con el día, que empezó muy pronto en esta época del año. El general Brea arrojó vivamente á los insurrectos del arrabal de San Marcelo y llegó hasta la barrera Fontainebleau, protegida por formidables barricadas. Antes de trabar el combate, trató de parlamentar; hizo conocer á los insurrectos una votación de la Asamblea, que ponía inmediatamente tres millones á disposición de los ciudadanos necesitados. Se le invitó á pasar la barrera para entenderse con los jefes; se adelantó lleno de confianza, á pesar de las representaciones de sus oficiales, pero apenas estuvo en medio de los insurrectos, cuando se le rodeó y se le arrastró á una casa vecina, en donde fué asesinado con su ayudante de campo el capitán Mangin, después de haberle hecho sufrir mil iniquidades. La guerra tomaba un carácter salvaje. En el arrabal de San Antonio, en donde se encontraba la fuerza principal de la insurrección (había 65 barricadas desde la entrada del arrabal hasta la barrera del Trono), la lucha no había sido menos

viva y menos funesta. El general Duvivier cayó mortalmente herido en la calle de San Antonio. El general Negrier, que llegaba de Versalles, le reemplazó y cayó á su vez, en el momento en que se adelantaba intrépidamente para arengar á los insurrectos en la plaza de la Bastilla; así perecían estos brillantes oficiales del ejército de Africa, que se habían escapado de las balas de los árabes.

La consternación era general. Los defensores del orden no reconquistaban sino muy lentamente el terreno, y no se podía prever el fin de esta lucha fratricida. Entonces el arzobispo de París, monseñor Affre, va á encontrar al general Cavaignac y le comunica su intención de trasladarse al medio de los insurrectos á fin de abreviar la lucha, si es posible, por medio de frases de conciliación. El general admira y aprueba la conducta del prelado; á las advertencias que se le hacían sobre el peligro á que iba á exponerse, monseñor Affre contesta sencillamente: «El buen pastor da su vida por sus ovejas;» y acompañado por dos de sus sacerdotes, adelanta por las calles consolando á los heridos y dando la absolución á los moribundos. Llegado al arrabal de San Antonio, pide una tregua; suspéndese el fuego, pasa al otro lado de la barricada y dirige la palabra á los insurrectos. En aquel momento se oye un tiro: «¡Estamos vendidos,» se gritó; vuelve á empezar el fuego, y el arzobispo cae herido por una bala en los riñones. Los mismos insurrectos recibieron en sus brazos al heroico prelado y le transportaron con respeto á una casa vecina, desde la cual fué en seguida conducido al palacio episcopal. La abnegación de monseñor Affre causó honda impresión en todos los ánimos; en medio de sus sufrimientos, decía: «¡Haced, oh Dios mío, que mi sangre sea la última que se derrame!» Espiró el día 27. Finalmente, terminó la guerra civil, y su generoso sacrificio contribuyó no poco á calmar los corazones.

El 26 de Junio, á medio día, fué tomada la gran barricada del arrabal de San Antonio, y los insurrectos depusieron por fin las armas. Más de cinco mil personas habían muerto de una y otra parte, contándose entre ellos dos representantes del pueblo y siete generales: Francois, Bourgon, Damesme, Regnault, Duvivier, Negrier y Brea; otros cinco habían sido heri-

dos; Bedeau, Korte, Lafontaine, Touchar y Courtigis. La más sangrienta batalla no hubiera tenido consecuencias más desastrosas; se hicieron cerca de doce mil prisioneros á los insurrectos, tanto durante como después del combate; las prisiones y los fuertes no eran bastantes para contenerles, por lo cual fueron juzgados por tribunales militares y la mayor parte transportados á la Argelia. El general Cavaignac fué á dar cuenta á la Asamblea de todo lo que había sucedido y á deponer los extraordinarios poderes que le habían sido confiados; una votación solemne le declaró «benemérito de la patria,» y para no dividir el poder en unos momentos en que tan necesaria era la unidad, se le nombró jefe del Poder ejecutivo. La comisión ejecutiva había desaparecido en medio de esta guerra civil, que no había sabido evitar.

Una vez restablecido el orden, la Asamblea nacional se ocupó de la Constitución que se había de dar á la república. Después de muchos debates, durante los cuales se dejaron todavía oír las más perniciosas doctrinas, fué por fin votada la Constitución, cuya promulgación solemne tuvo lugar el 4 de Noviembre de 1848. Comprendía 116 artículos. Declaraba á la república *una é indivisible*, basada en la *libertad*, en la *igualdad* y en la *fraternidad*, fórmula masónica, que se podía tomar en un sentido social y cristiano, pero que se prestaba á más de una equívoca interpretación. El poder legislativo, el derecho de declarar la guerra y de modificar los tratados, fueron confiados á una asamblea única (asamblea nacional), compuesta de setecientos cincuenta representantes, permanente, elegida por todos los franceses que tuvieran veintiún años de edad y se hallaran en el goce de sus derechos civiles y políticos. Todo elector era elegible y no había condición alguna de censo. El poder ejecutivo fué confiado á un *presidente* nombrado por cuatro años, como en los Estados Unidos, por sufragio universal, reelegible solamente después de un intervalo de cuatro años, responsable, que dividía la iniciativa de los proyectos de ley con la Asamblea, promulgando las leyes, asegurando su cumplimiento y disponiendo de las tropas, si bien no podía mandarlas por sí mismo. Fué instituido al mismo tiempo un Tribunal Supremo de Justicia para juzgar los crímenes contra la

seguridad del Estado; un Consejo de Estado, cuyos miembros eran nombrados por la Asamblea, elaboraba las leyes bajo la presidencia del vicepresidente de la República, que era también elegido por la Asamblea en terna de tres candidatos, dirigida por el jefe del Poder ejecutivo. La Constitución reconocía el derecho de reunión y de petición y concedía amplia libertad á la prensa. Por lo demás, conservaba la organización administrativa del Consulado y del Imperio, como lo habían hecho la restauración y el gobierno de Julio, y consagraba el principio de la inamovilidad de la magistratura.

Los principales cambios versaban, pues, sobre la soberanía y sobre su ejercicio, en lo cual precisamente pecaba la nueva Constitución; los poderes ejecutivo y legislativo se hallaban colocados en un estado de antagonismo, de donde debían surgir perpétuos conflictos; la Asamblea nacional, igualmente soberana, no tenía de hecho la fuerza á su disposición; única, podía con mucha facilidad dejarse arrastrar á precipitadas medidas que después fuera difícil anular. Oponiéndose á la reelección inmediata del presidente de la república, no hacía más que interponerse entre este presidente y la voluntad nacional, constituyendo un nuevo manantial de conflictos. Los representantes se habían preocupado demasiado con la idea de impedir el regreso de la monarquía; las medidas tomadas contra este regreso en un país monárquico como Francia, no podían menos de precipitarla. Muchos de entre ellos, que prevenían todos estos peligros, no dieron su voto sino porque la misma Constitución se declaraba reformable: un artículo establecía que pudiera ser sujeta á revisión y reformada por las dos terceras partes de votos. Además, no todo había terminado con la Constitución: faltaba preparar las leyes orgánicas sobre la aplicación del sufragio universal, sobre la prensa, sobre la instrucción pública y sobre la organización departamental, cantonal y municipal. La Asamblea resolvió no separarse antes de haber terminado estas leyes, si bien se decidió que la Constitución empezaría á regir inmediatamente, y las elecciones para la presidencia fueron señaladas para el 10 de Octubre.

Cuatro candidatos principales se disputaban el poder: Ledru-Rollin, apoyado por los repu-

blicanos socialistas. Lamartine por una fraccion de la clase media; el general Cavaignac por una gran fraccion de esta misma clase media y por lo que se llamaba el partido de orden, el cual le estaba reconocido por los servicios prestados en Junio y por el restablecimiento de la tranquilidad en aquella lúgubre época, y, finalmente, el príncipe Luis Napoleon, cuyo solo nombre ejercia un irresistible prestigio sobre las masas, especialmente en el campo, y á quien una quintuple eleccion (17 de Setiembre) acababa de llamar á Francia y al seno de la Asamblea nacional. El manifiesto electoral del príncipe se esforzaba por asegurar los intereses: se declaraba altamente en favor del orden, de la religion, de la familia y de la propiedad; no prometia más que las reformas posibles, condenaba «esa tendencia funesta que arrastra al Estado á ejecutar por sí mismo lo que los particulares pueden hacer tan bien y mejor que él,» y terminaba con esta frase que ya formaba parte de la proclama de Bolonia: «Cuando se tiene la honra de hallarse á la cabeza del pueblo francés, hay un medio infalible de practicar el bien, querer hacerlo.»

Los hombres de orden no podian vacilar sino entre el príncipe Luis Napoleon y el general Cavaignac. M. de Lamartine, tan popular durante el gobierno provisional, habia perdido todo su prestigio despues de sus débiles condescendencias para con Ledru-Rollin; se sabia que la candidatura de este último no podia representar más que la anarquía y producir los malos dias de la primera revolucion. Las ciudades, la administracion, los republicanos moderados se mostraban favorables al general Cavaignac; los campos, una gran parte del pueblo de las ciudades, los realistas, los soldados y el clero se declararon en favor del príncipe Luis Napoleon. Una prueba vino á aumentar las simpatías del mismo: el Papa acababa de verse precisado á salir de Roma fugitivo ante las violencias de los hombres ingratos á quienes habia abierto las puertas de sus Estados. En tales circunstancias se esperaba ver lo que haria el gobierno francés: el general Cavaignac ofreció hospitalidad al Papa, pero no se atrevió á darle otras garantías que las concernientes á la seguridad personal del soberano pontífice: el príncipe Luis Napoleon,

al contrario, escribió á M. de Montalembert una carta, en la cual el sobrino del emperador Napoleon I se declaraba en favor de la soberanía temporal del Papa.

El 10 de Diciembre, un tiempo magnífico permitió á todos los electores acercarse á las urnas. Hubo un inmenso movimiento, digno de la solemne prueba de que dependia la suerte de Francia, y tal vez de la Europa entera. En las aldeas, en las villas, el nombre de Napoleon excitaba un vivo entusiasmo; bandadas de electores se trasladaban al escrutinio con banderas desplegadas, llevando á la cabeza á sus párrocos, y gritando: ¡Viva Napoleon! ¡viva el emperador! El resultado del escrutinio hizo conocer las fuerzas respectivas de los partidos: 5.562.834 votos tuvo el príncipe Luis Napoleon, el sobrino del emperador, el antiguo pretendiente del imperio; el general Cavaignac no tuvo más que 1.469.166 votos; 370.119 dados á Ledru-Rollin, más de 36.000 dados á Raspail indicaron las fuerzas del socialismo; M. de Lamartine no obtuvo más que 7.910 votos, el que habia alcanzado más de un millon cuando las elecciones para la Asamblea nacional, á la cual diez departamentos le habian enviado á la vez!

Ante la masa imponente de los sufragios obtenidos por el príncipe Luis Napoleon, fué imposible toda resistencia. El 20 de Diciembre, el príncipe fué proclamado presidente de la república; despues de haber prestado juramento á la Constitucion, el general Cavaignac puso en sus manos el poder con una noble sencillez, que le honró sobremanera, y el presidente se instaló en el palacio del Eliseo. La primera fase de la revolucion de Febrero habia tenido lugar.

La revolucion del 24 de Febrero fué como la chispa que produce un vasto incendio; en todas partes habia amontonadas materias inflamables, y en unos cuantos dias la Europa entera se vió presa de las llamas.

El movimiento empezó en el exterior por el país que parecia estar más á cubierto de las conmociones revolucionarias. El 13 de Marzo estalló un motin en Viena; los insurrectos pedian la abolicion de los derechos feudales, la libertad de la prensa, el establecimiento de una guardia nacional y el alejamiento del príncipe

de Metternich, que habia cometido la imprudencia de desatender al gobierno interior del Austria, mientras con tanta actividad se ocupaba de la política extranjera. Corrió la sangre; el príncipe se vió obligado á salir de Austria, y el emperador no pudo calmar la sedicion sino prometiendo algunas reformas. Al mismo tiempo se agitaba la Hungría; el 15 de Marzo, los diputados de la Dieta húngara, entre ellos Luis Kossuth, jefe de la democracia magiar, llegaron á Viena reclamando un ministerio especial para la Hungría, la cual no debia conservar con el imperio mas que una union personal; el emperador, incapaz de resistir, accedió á lo que se pedia; el archiduque Estéban fué nombrado virey; el conde Luis Bathyani, presidente del gabinete húngaro, y Kossuth ministro de Hacienda. La victoria de los húngaros no hizo más que exaltar á los revolucionarios de Viena. Milan acababa de insurreccionarse; una Constitucion concedida por el emperador fué rechazada por no haber sido elaborada por el representante del país; estalló un nuevo pronunciamiento (16 de Mayo), y el emperador creyó deber buscar un refugio en el Tyrol. Entonces Fernando I consintió en la convocacion de una Asamblea constituyente elegida por sufragio universal. Esta Asamblea se reunió el 28 de Julio; sus deliberaciones se resintieron de las emociones causadas por las guerras de raza que ensangrentaban la Hungría y la Italia. Los revolucionarios de Viena estaban en connivencia con todos los enemigos de la casa de Habsburgo; el 6 de Octubre sublevaron una vez más á la poblacion, que se opuso á que un regimiento marchara contra la Hungría; por espacio de tres dias la revolucion fué dueña de la ciudad; el ministro de la Guerra fué muerto, y su cadáver indignamente ultrajado por la multitud, el emperador abandonó por segunda vez á su capital, retirándose á Olmutz, en Moravia, y se organizó una junta de salud pública para restablecer el orden material.

En aquel momento el imperio de Austria parecia próximo á su ruina. La Lombardia y el Véneto se habian sublevado; los Tchechas trataban de reconstituir una Bohemia independiente; los magyares intentaban separar la Hungría del resto del imperio, y Fernando I habia emprendido la fuga. Todas las diferentes

razas, cuya reunion formaba los Estados de Fernando, reivindicaban á la vez su nacionalidad y derechos políticos; era una dislocacion general.

La revolucion se efectuó al principio con bastante tranquilidad en Bohemia; los Estados convocados en Praga (2 de Junio) se contentaron con obtener la igualdad de razas, que habia asegurado la superioridad de los slavos, más numerosos que los alemanes en el imperio. Empero los agitadores querian ir más lejos y pidieron la organizacion de una guardia nacional en Praga (12 de Junio). Una vez rechazada esta peticion, se levantan inmediatamente barricadas y se traba un combate con las tropas austriacas. La princesa de Windisch-Graetz fué muerta en una ventana; uno de sus hijos cayó mortalmente herido; el mismo príncipe de Windisch-Graetz estuvo á punto de morir ahorcado, y las tropas imperiales fueron arrojadas de la ciudad. Los austriacos bombardearon á Praga, de la cual consiguieron apoderarse despues de una encarnizada lucha (14 de Junio), terminando de esta manera la sublevacion de Bohemia.

Más trabajo costó someter la Hungría. Kossuth y el archiduque Estéban, que tenian los mismos proyectos, se aprovechaban de su posicion para hacer á este país completamente independiente de la corte de Viena; pero los magyares, que de esta suerte procuraban desatar los lazos de su dependencia, se esforzaban al mismo tiempo en estrechar á los que á la Hungría unian la Transilvania y la Croacia, es decir, á los que violaban con respecto á los válacos, á los slavos y á los croatas los derechos que reivindicaban del Austria. Habia en esto un motivo de division, del cual la corte imperial supo aprovecharse hábilmente. El kan de Croacia, Jellachich, secretamente animado por el emperador, si bien parecia obrar contra su voluntad, convocó en la ciudad de Agram una Dieta croata esclavona que anuló las decisiones de la dieta magyar de Pesth, y se puso á la cabeza de la Liga, que tenia por objeto librar á los slavos de Hungría de la dominacion de la raza magyar. El archiduque Estéban, el conde Bathyani y Kossuth alcanzaron de la Dieta de Pesth la formacion de un ejército de doscientos mil hombres. La guerra empezó: el kan se adelantó victorioso hasta unas treinta

leguas de Pesth (20 de Setiembre): censurado oficialmente en un principio y despues altamente aprobada su conducta por el emperador, continuó su marcha, encontrándose muy pronto á una jornada de Pesth. El archiduque Estéban, llamado por Fernando, habia sido sustituido por el conde Lamberg, que fué asesinado á su llegada á Buda por el furioso populacho. La Hungría fué declarada en estado de sitio y Jellachich nombrado capitán general; empero entonces se cambió la suerte de las armas: derrotado en Pakosd (23 de Setiembre) por el general húngaro Moga, derrota que provocó las jornadas de Octubre en Viena, Jellachich retrocedió poco á poco y fué á reunirse con el príncipe de Windisch-Graetz, encargado de la reduccion de Viena.

Windisch-Graetz tenia que vengar contra los revolucionarios la muerte de su mujer y de su hijo. El asesinato del ministro de la Guerra en Viena y el del conde Lamberg, habian vivamente irritado al ejército, y el emperador Fernando se habia decidido á una enérgica represion. Viena fué bombardeada (25 de Octubre); las tropas del príncipe y del kan forzaron la entrada de los arrabales (30 de Octubre), y la ciudad estaba á punto de rendirse, cuando se vió avanzar al ejército húngaro, que venia en auxilio de los insurrectos de Viena. Jellachich lanzó sus croatas sobre este ejército, mientras que Winditch-Graetz continuaba el bombardeo; los húngaros fueron vencidos; Viena se rindió y la autoridad imperial volvió á imperar.

Sin embargo, estos sucesos habian disgustado del poder al emperador Fernando, el cual abdicó en favor de su sobrino Francisco José, hijo primogénito del archiduque Francisco Carlos; el nuevo emperador no tenia más que diez y ocho años de edad; pero tanto por sus cualidades personales como por su posición libre de todo compromiso pasado, parecia propio para fortalecer la monarquía austriaca, tan fuertemente sacudida por los dos pronunciamientos de Viena, por la insurrección de Hungría y por la guerra de Lombardía (2 de Diciembre de 1848). Los húngaros comprendieron la gravedad de esta abdicación, cuyos efectos se negaron á reconocer con respecto á la Hungría y pidiendo que Fernando I continuara siendo su rey: entonces fué cuando la guerra de Hungría tomó todas sus proporciones.

El resto de la Alemania se hallaba como el Austria en estado de fermentación. El gran duque de Baden habia tenido que hacer algunas concesiones desde el 29 de Febrero, lo cual no evitó estallara una insurrección en el mes de Abril, insurrección que fué reprimida con bastante facilidad, si bien otra, en Mayo de 1849, tomó mayores proporciones. El gran duque Leopoldo abandonó el país; el ejército se pronunció en favor de los insurrectos; se estableció un gobierno provisional en Carlsruhe aunque sin proclamar la república, y fué necesaria la intervención de Prusia para reponer al gran duque en sus Estados. En el gran ducado de Hesse-Darmstadt, Luis II se vió precisado, para conjurar la tempestad, á asociar á su hijo el archiduque Luis, que pronto le sucedió con el nombre de Luis III, y que era simpático á los liberales (5 de Marzo). En el electorado de Hesse hubo algunos tumultos en Hanauty en Cassel, y el elector Federico Guillermo tuvo que hacer algunas considerables concesiones para evitar la efusión de sangre. En Stuttgart, en Wurtemberg, triunfó la oposición constitucional. El rey de Sajonia se vió en la precisión de aceptar un ministerio liberal. En Francfort, en Colonia, en la Prusia rhenana y en el ducado de Nassau, se dejó sentir el mismo movimiento, y el poder tuvo que hacer algunas concesiones á las ideas democráticas. El rey Luis de Baviera, no queriendo cambiar por sí mismo el sistema de gobierno, abdicó (20 de Marzo) en favor de su hijo primogénito Maximiliano II. «Cuando la ley, dijo al tiempo de retirarse, es tan poco respetada que el pueblo penetra por fuerza en el palacio de su rey, lo mejor que puede hacerse es tomar la licencia y retirarse.»

En Berlin, la insurrección siguió de cerca á la de Viena. El 14 de Marzo, cuando se supo lo que pasaba en Austria, la multitud amotinada pidió la destitución del ministerio conservador, á la sazón en el poder, y el alejamiento de las tropas. Federico Guillermo IV trató de resistir y corrió la sangre: el 18 se libró un encarnizado combate en las calles de Berlin; el príncipe de Prusia Guillermo, hermano del rey, y que pasaba por jefe del partido absolutista, tuvo que emprender la fuga y el soberano cedió. Cambió su ministerio, concedió una am-

nistía general, prometió una Constitución muy liberal, cuyas bases dió á conocer, y se pronunció en favor de una confederación unitaria para la Alemania. En todas partes aparecía vencida la dignidad real. El 21 de Marzo, Federico Guillermo tuvo que asistir desde el balcón de su palacio al desfile de las víctimas de las últimas jornadas y saludarlas, humillación que causó una profunda impresión en su ánimo y que por entonces no fué mitigada más que por la esperanza que se le hacia concebir de ceñir la corona imperial de la Alemania regenerada.

La restauración del imperio alemán era entonces el objeto de todas las aspiraciones. Los más honrados deseaban dar á la patria una más fuerte unidad, y los jefes de la democracia se habian hábilmente apoderado de esta idea para batir en brecha á las soberanías existentes. El Austria tenia que conservar en su integridad el pacto de 1815; la Prusia, por adquirir su preponderancia en Alemania, se puso á la cabeza de lo que se llamaba partido nacional. En torno del Austria se agruparon los príncipes enemigos de las instituciones liberales, mientras rodeaban á la Prusia los Estados constitucionales; de esta última potencia, especialmente despues de los sucesos de Marzo, los liberales y los demócratas alemanes esperaron la realización de sus deseos. A la Dieta que residia en Francfort se propuso agregar un Parlamento alemán que representase á los pueblos, lo mismo que la Dieta á los príncipes, como si éstos no fueran los representantes naturales de sus pueblos con respecto á los demas. La idea de este Parlamento nació en Heidelberg, en donde se formó una junta que convocó en Francfort á los antiguos y actuales miembros de las Cámaras constitucionales de la Alemania, estableciéndose así una Asamblea de notables, encargada de redactar la ley electoral y de instalar el Parlamento nacional.

Cerca de quinientos diputados contestaron al llamamiento de la junta de Heidelberg. El 31 de Marzo de 1848, la Asamblea de notables abrió solemnemente sus sesiones en la Iglesia de San Pablo, en Francfort. La ley electoral, resultado de sus discusiones, establecía el sufragio universal y la libertad de cultos, la cual llamaba á los judíos al ejercicio de los

derechos políticos de que se habian visto privados hasta entonces. Este Parlamento preparatorio se cerró el 4 de Abril, si bien permaneció una junta de cincuenta miembros encargada de dirigir los negocios mientras se reunia el Parlamento nacional. De esta suerte hubo á la vez tres gobiernos en Alemania: la Dieta, que no habia abdicado; una junta formada por diez y siete representantes de los príncipes y encargada de preparar algunas reformas y la junta de los cincuenta, nombrada por la Asamblea de notables.

Las elecciones para el Parlamento nacional se hicieron con bastante calma, y el Parlamento germánico, encargado de dar una Constitución unitaria á la Alemania, se reunió el 18 de Mayo, en medio de un gran entusiasmo y de esperanzas que no debian tardar en verse frustradas. El baron de Gagern, nombrado presidente de la Asamblea, indicó el objeto que la misma se debia proponer: «La Alemania, dijo, quiere ser una, quiere ser un gran imperio regido por la voluntad nacional, con el concurso de todas las clases de ciudadanos y de todos los gobiernos. Hé aquí el ideal que la asamblea debe realizar.» Pero era más fácil proponer y entrever el objeto, que alcanzarle; se emplearon cerca de dos meses para entenderse sobre la forma que se debia dar al poder ejecutivo, y se nombró un vicario del imperio, que fué un príncipe austriaco, el archiduque Juan, hermano del emperador Francisco I. El nuevo vicario del imperio disolvió la Dieta creada en 1715 y que era blanco de todos los tiros de los liberales (12 de Julio), y algunos dias despues formó su ministerio, á cuya cabeza colocó á Mr. de Schmerling, uno de los jefes del partido que en Austria se habia opuesto á la política del príncipe de Metternich. Los soberanos de los diferentes Estados aceptaron todo lo que se hacia en Francfort; la revolución triunfaba por doquier, y los príncipes dejaban que pasara el torrente para poder despues encauzar su curso con más seguridad.

El Parlamento de Francfort no tardó en mostrar ciertas disposiciones que hubieran sido causa de una guerra general si hubiera podido arrastrar en pos de sí á la Alemania. La democracia es de suyo invasora: los demócratas alemanes declaraban que el Limburgo, reunido á